

Los vendedores no sólo tienen objetos para la venta, sino artículos de uso personal: «...ropa, cunas para bebés, etc.; objetos de control contra el robo (concretamente espejos retrovisores, objetos mágicos y religiosos (imágenes de santos, plantas de zábila, incienso, etc.); recipientes para almacenar la mercancía (cajas, costales, bolsas plásticas, etc.); accesorios para comer (portacomidas, vasos, platos, etc.), así como objetos de comunicación (teléfonos celulares, radios, grabadoras e incluso televisores). Fuera de instrumentos para aseo (escobas), de cálculo (calculadoras) o para pesar (básculas) » (Mariño, 1994:118). El espacio de cada puesto es aprovechado al máximo para exhibir sus mercancías. Por otro lado, hay también una aglomeración de personas en los pasillos, que reproduce este abigarramiento.

En este ambiente súbitamente creado, no sólo hay vendedores establecidos, sino individuos o pequeños grupos que caminan entre éstos ofreciendo sus mercancías, instalándose momentáneamente en uno y luego otro sitios, entre ellos están el elotero, el vendedor de refrescos embotellados, el payaso que vende globos a los niños, el conjunto de chavos que pasan tocando música colombiana o en otros casos el tradicional faro, que acompaña el almuerzo del domingo.

Recorrer esas calles, es formar parte de la interacción donde la masa que transita, los comerciantes, personas que venden a los que venden, si, vendedores móviles que se desplazan al interior del mercado que ofrecen comidas corridas, jugos, postres, golosinas, entre otras cosas. Además de aquella gente que sólo pasea, que encuentra placentero el comer en ese cruce y el que sólo horas más tarde pasa un taxi a una velocidad peligrosa aún para una carretera.

Es claro que hay una estructura organizacional que permite designar la ubicación de cada tipo de comerciante y mercancía, por lo regular, aquí como en Bogotá: «A la salida está

la fritanga... » (Mariño, 1994), en las «puntas» del mercado sobre ruedas está la venta de «carnitas» de cerdo, chicharrón, barbacoa, etc.

En cuanto a la complementariedad con el exterior, Mariño comenta que «...no entran en ningún momento a vender la misma clase de productos que los estacionarios. » (1994:137-138) En cambio, la complementariedad interior llega a niveles tan funcionales que prácticamente se gesta una imbricación cómplice, aunque esta complementariedad no significa desconocer que también existen competencias al interior del mercado entre quienes venden el mismo tipo de mercancía.

En vista de que aquí existe una «...relación directa entre el dueño del producto y compradores la negociación es con rebaja y en ocasiones hasta fiado, la cual contrasta con la impersonal y aséptica relación en el supermercado de precios fijos. » (Mariño, 1994:143). Este probablemente sea uno más de los atractivos que el mercado ambulante ofrece, especialmente a las personas de la tercera edad, quienes en su pasado vivieron este trato personalizado en todas sus compras.

Al caer la tarde, unos primero, otros después, los comerciantes desatan sus toldos, desarmen los herrajes que dan la estructura al puesto, arquitectura efímera al fin, comienza a «despedirse» y al irse *desarmando* se desmonta también el espacio que propició un evento social, «levantado» para volver a convertir banquetas y cinta asfáltica en plataforma de interacción entre una masa de personas que como vemos hace mucho más que comprar. La infraestructura del mercado es desarmada, pero no deja de estar presente en la memoria de vecinos y consumidores, ambiente creado con una vida temporal que todos conocen y aceptan.

Unos más temprano, otros más tarde, los vendedores inician el desmontaje del encarpado, ahora, repentinamente, los compradores ya no importan, son vistos como un «estorbo» pues

ha llegado la hora de retirarse. Hay mucho cansancio, fue mucho el calor vivido bajo los toldos, lo importante ahora es irse. Nuevamente hay un movimiento de vehículos, repletos de los elementos constructivos del tendajo y claro, las mercancías de las ventas. La calle va quedando poco a poco libre, dando paso casi al caer la noche a los primeros coches que transitan ya por la avenida.

Quiero señalar finalmente que si la arquitectura tiene la función de dar —entre otras cosas—, un cobijo material y una expresión estética al hábitat humano, las prolongaciones encontradas en el mercado sobre ruedas, deben ser aleccionadoras sobre nuestra forma peculiar de construir para vender, pero también para —en un amplio sentido— vivir.

#### *Arquitecturas efímeras desde la eterna indigencia*

Ya en otro momento he tocado el tema de la indigencia como problema social<sup>2</sup>. Sin embargo, intento aquí pasar de un tratamiento sociológico a una perspectiva antropológica y arquitectónica, cuya intención no es hablar del concepto de arquitectura de manera abstracta, sino identificar formas de presencia real de ésta en grados y maneras diversas en la vida cotidiana de los diversos grupos sociales. Abordar el tema sin respuesta de los «sin techo», ha generado las siguientes reflexiones acerca de la existencia de arquitecturas efímeras o «sustitutas» que finalmente cumplen con la finalidad de proporcionar condiciones mínimas de «habitabilidad». Cito aquí, sin embargo, algunos datos que pueden hablarnos de la relevancia del problema de la indigencia errante y el grupo de edad que la compone principalmente, Martha Martínez señala que hay «...de los indigentes que deambulan en nuestro país, 20 mil viven en el

<sup>2</sup> Memoria del Coloquio Marginalidad y Pobreza, organizado por la UANL y el CODESOL.

Distrito Federal... 50 % de ellos son personas de la tercera edad». (CIMAC, 2002:1).

El fenómeno social del vagabundaje se presenta en ciudades del primer y tercer mundo, en este último caso generalmente son personas que se auto excluyen de los contextos familiares y sociales que los rodearon y viven fuera del sistema.

Para algunos podría parecer ofensivo, pero de hecho el *Museum der Arbeit* de Hamburgo, pidió a ocho fotógrafos de talla internacional reunir trabajos para la exposición: *La arquitectura de los sin-techo*, en septiembre de 2003, con la intención de mostrar las arquitecturas efímeras que se levantan por los habitantes de las calles, ambientes creados a partir del encuentro fortuito con objetos desechados, trasladados en largas caminatas para su colocación y resemantización en el entramado de lugares que constituyen su «hábitat». (La Jornada, 13 de septiembre de 2004).

Estos refugios están invariablemente contruidos con materiales y fragmentos usados, traídos de cerca y lejos, combinada su diversidad de manera adecuada, exigiendo de ellos nuevas funciones, de esta manera «...el territorio puede ser entendido como un 'modo de organizar la experiencia sensible' y la territorialidad, como la relación que establece el individuo con ese territorio.» (Lindón, 2000:11). Los objetos deteriorados aportan caras insospechadas, heterodoxos estilos, distribuciones irreverentes en el tradicional manejo del espacio, posmodernidad allí donde están las mezclas y polifuncionalidades entre objetos divorciados por su origen, función y sentido estético.

El indigente va articulando con objetos encontrados un lugar propio, un territorio defendido a toda costa por su grupo de fieles perros, con señales que advierten a quien se acerca que se trata de un espacio «privado». Las hazañas diarias para conseguir alimento, ropa, latas, convierten a estos personajes en vagabundos incansables, siempre en tránsito, sin molestar, quedándose a descansar donde la gente no los note. La presencia

de los *sin techo* en las calles es una faceta de la vida urbana que despliega de manera tal -entre el tráfico y el ruido-, que se cobija de las malas miradas entre la masa, huyendo por las noches terrenos baldíos o casas abandonadas en zonas céntricas periféricas de la ciudad.

En uno o varios costales o bolsas de plástico, los indigentes errantes llevan lo necesario para reconstruir su refugio en caso de no llegar al lugar usado en ese momento como territorio de descanso. ¿Cómo llamar a estos bricolajes de objetos que articula el indigente para dormir? ¿No llamamos arquitectura básicamente a esa capacidad para enfrentar el medio ambiente adecuando a nuestras necesidades según preferencias?

La calle sus banquetas, las esquinas, los lotes baldíos, las casas y los negocios se alternan en esta franja que se pierde en perspectiva algunas edificaciones se encuentran ya abandonadas éstas son las puertas que se abren para el indigente, para refugiarse de los peligros de la noche y del frío de las madrugadas evitando ser detenidos por la policía y permitiéndoles resolver sus necesidades sanitarias con menores inconvenientes.

También son puentes, puertos, estaciones y túneles de metro, en grandes y pequeñas ciudades por todo el mundo, los «hogares» temporales de los sin techo: niños, jóvenes, adultos y ancianos. Por ejemplo, el Estopas «...abandonado por sus padres desde los seis años... se aloja en una casa abandonada en el centro de la ciudad» (CIMAC, 2002:1). Las paredes de la vivienda abandonada muestran por aquí y por allá conjuntos de ladrillos que son estructura antes oculta de la casa. Los restos de excrementos humanos, trozos de papel, ropa sucia, señalan la presencia de otros vagabundos antes. En el patio la hierba ha crecido hasta casi los dos metros y las banquetas de concreto están agrietadas y levantadas los fragmentos.

Como ya mencionábamos, el lugar donde pernocta el indigente es producto de los objetos hallados en su deambular

diario, de su encuentro fortuito con lo que popularmente llamamos en México «triques» o «cachivaches», que son destinados a un uso que *actualiza* la vida del objeto, cubriendo necesidades para las que no fue pensado, en ese sentido Basalla admite que sabemos «...mucho más sobre las fuentes de la novedad tecnológica... que sobre el proceso por el que una cultura llega a prescindir de los artefactos que hasta entonces ha utilizado con provecho.» (1991:226). Estos son los bienes del indigente, ese cúmulo de objetos que se desechan por que ya no funcionan o porque están *fuera de moda*. Nos hemos acostumbrado «... a conservar objetos sin provecho alguno... o deshacernos de ellos sin compromiso con su destino.» (Martín Juez, 2002:181).

Hablando acerca del Distrito Federal en México, encontramos las descripciones que hace Cervantes para el suplemento «Masiosare» del periódico La Jornada, de un realismo descarnado que permite acercarse a la indigencia con una franqueza extraordinaria: «Todo parece estar muerto, a ratos hasta huele a muerte. Pero ahí hay personas vivas que se pudren entre sus orines. Muchas veces llevan hasta cinco días tirados entre la inmundicia, agusanados... Cuatro de ellos «...babea, moquean, se quejan, se pasan de mano en mano un envase de coca cola que huele a alcohol... uno de ellos se levanta, está enfermo. Tiene la mano y el pie derecho desfigurados. Apesta.» (Cervantes, 1999:4)

Los materiales que permiten la constitución de estas obras de la arquitectura efímera, son el revés de lo entendido como moderno, útil en una medida y una forma que coincide con la naturaleza de las expresiones culturales en un momento y lugar determinados, así «...descartar un objeto no es sólo consecuencia de su aparente inutilidad o envejecimiento; un objeto puede ser descartado, a pesar de su utilidad, porque algunas de sus metáforas pierden valor debido a que las habilidades que las sostienen han cambiado.» (Martín Juez, 2002:191). Hay un

cambio en las coreografías en la vida cotidiana (De Certeau, 1999:111) y actualmente, por ejemplo, la velocidad es una de las características que forjan la competencia entre series enteras de objetos, es el motivo de la rápida sustitución de automóviles, computadoras, teléfonos celulares, etc. (González, 2000:2).

Existe en la colocación de los objetos y materiales, una articulación cambiante, un proceso que va reconociendo como mejores otras formas de organización de lo hallado, lo adquirido de una u otra manera, generando una lógica distribucional (Coppola, 1997:145) que arranca de manera automática en el contacto del sujeto con el lugar más impersonal o desconocido.

La necesidad de descanso lleva a los indigentes refugiarse y constituir como casa temporal los espacios que en la urbe cobran un sentido transicional, que puede ser evadido o sustituido, que entraría probablemente en lo que Marc Augé llama los no-lugares. Cervantes narra en ese mismo sentido: «dentro de un cajero automático, hay un hombre de mediana edad dormido panza arriba, destapado y sin más tiliches que una sucia bolsa de plástico que usa de almohada. El calor de la máquina y el cuartito lo llevó hasta ahí.» (Cervantes, 1999:4). Queremos suponer que para ellos, como dice Bachelard, en un momento determinado, «...las sombras son ya muros... una cortina es el techo... convirtiéndolo en un espacio del ser.» (1983:172).

Los itinerarios, el conjunto de objetos encontrados y construyen no sólo una singular visión de la ciudad, sino de un particular espacio, en este sentido, el hábitat de nuestro *bricoleur* indigente, es un reflejo del contexto que lo rodea. Señala Alicia Lindón algo fundamental para comprender la vivencia del sujeto indigente en combinación con el espacio en el que se da: «...por los enfoques desarrollados desde la vida cotidiana, el espacio no se limita al *locus* externo a la experiencia sino, carga con los sentidos y significados de las experiencias...» (Lindón, 2000:11).

En los ambientes creados por los indigentes y los más pobres, sucede lo que comenta Basalla en cuanto a que: «Cuando una clase de artefactos sustituye a otra, los artefactos desplazados no desaparecen de la escena. Durante un tiempo subsisten generaciones solapadas de diferentes artefactos...» (1991:228-229). El lugar donde «vive» un indigente es «otra cara» de la ciudad, lo desechado -ahora revaluado-, nos habla de lo que Basalla llamaría la *evolución de la tecnología* con el añadido de que estos objetos son, ya lo decíamos resignificados, asumidas nuevas funciones, objetos que ahora despiertan versatilidades insospechadas para el consumidor promedio.

El indigente recurre al periódico, a la ropa vieja, al cartón y bolsas de plástico, como elementos necesarios para instalarse en algún sitio donde no molestar ni ser molestado, podemos decir que su capacidad para identificar estos sitios es una práctica que siempre va mejorando, llegando a mimetizarse de tal manera que por las noches casi son invisibles.

Los indigentes que se ubican en los barrios periféricos de la ciudad, donde aun hay una combinación de la herencia rural, son muchas veces tolerados y tratados con lástima, pero no con violencia. Forman parte de la dinámica de los barrios, acudiendo a las personas para pedir ayuda o tirados en un mismo rincón, donde la gente les lleva comida o arroja alguna moneda.

La compañía de perros es una alianza provechosa para el indigente, quien les ofrece alimentos demasiado putrefactos para consumirlos él, un sitio donde pasar la noche y los convierte afectivamente en compañeros, por otro lado, ellos lo defienden cuando otros perros o personas lo intenten atacar en las calles e incluso contra la acción de la misma policía.

Generalmente su pobreza pesa en soledad, su supervivencia dependerá de una individualista parsimonia y la caridad de algunos. Desarraigado, hay una frialdad aparente en sus emociones y una adaptación al medio producto de aprendidas

técnicas de auto subsistencia, rudimentarias, pero crónicamente eficientes. Su desarraigo de la mentalidad campesina tradicional es radical en muchos aspectos, su movilidad geográfica los ha conducido al contacto descarnado con otras ciudades, gentes, climas, etc. Y, por supuesto, situaciones de extrema pobreza durante muchos años.

Toda dignidad humana se termina en donde comienza el hábitat de los indigentes, donde las miserias de todos rematan unos cuantos: «Quince escalones abajo, en las afueras de un edificio que por la mañana alberga niños, hay un refugio de indigentes. Todos duermen. El olor es nauseabundo, es una mezcla de orines, alcohol, thinner y quien sabe qué más.» (Cervantes 1999:4).

El desamparo es la constante, a nadie piden protección, la lucha por sobrevivir los ha conducido hacia un aislamiento mimetismo. Estirpe de seminómadas, vagabundos incansables bajo el indomable rayo del sol. Su adaptación toma tintes intuitivos más que racionales, siempre atentos aparentando indiferencia, activos siempre, tomado siempre su tiempo.

En una secuencia intensiva de procesos psicológicos que conducen a la demencia, causada en la mayoría de las ocasiones por la angustia producto del «destierro» voluntario o involuntario del hogar, las condiciones de *shock* al vivir los sufrimientos de la adaptación, la triste esperanza, y finalmente la caída hacia el fondo a través del alcohol y drogas como el thinner, que inhiben el hambre y provocan alucinaciones que parecieran sustituir la horrible pesadilla de su realidad personal y que llevan a las personas de manera definitiva a la indigencia.

En el caso concreto de lo que he dado en llamar arquitecturas desde la indigencia, es evidente que la construcción de un refugio temporal con materiales de desecho, pareciera ser una consecuencia de su experiencia pasada, generalmente en una vivienda, que ofrece los patrones psicosociales del grupo familiar

específico y que son heredados para ser aplicados en toda circunstancia: la buhardilla militar personal, la celda en la cárcel o la tienda de campaña.

El encuentro del vagabundo con el espacio techado que generan los puentes de las ciudades, espacialmente cuando llueve mucho o baja la temperatura, es re-encontrarse, en otro contexto, con el antiguo nómada y sus necesidades de refugio, con la prehistoria y el papel de la cueva, como sitio con un techamiento natural, propicio para habitar temporalmente. Así, las nuevas ciudades, siguen estando constituidas por un pasado que no se ha ido del todo, que sigue presente, de otra manera expresado, en ambientes socialmente evadidos, discriminados o simplemente olvidados. Probablemente sea el techo, el elemento central, en la indagación acerca de la articulación de factores que deben mínimamente estar presentes para cumplir con una sensación psicológica básica de cobijo y protección en el ambiente urbano.

Los sitios que «levanta» temporalmente un indigente, son conglomerados objetuales en el espacio que hablan del mundo, de una manera tal, para la que tal vez no tengamos aun los suficientes elementos como para realmente entender la participación de la imaginación en la sustitución de la carencia material.

Finalmente, hay que reconocer que hablar de los espacios donde habitan los indigentes, es también necesariamente hablar de su penosa situación, de los paradigmas ideológicos que se sustentan en la sociedad y la familia, que excluyen de su seno a quien por una razón u otra no tenga capacidad productiva para combatir con el grupo familiar en contra de la pobreza.

#### Conclusiones

Tanto en el caso de los mercados ambulantes como en el de la indigencia errante, hay un nomadismo forzoso, una necesidad de trabajar o vivir en la calle, haciendo uso alternativo

de estas vías de tránsito. Hay una manifestación de la cultura popular en estas formas de organización de nuevos espacios a través de la improvisación o la sencillez, sometidos los sujetos a los embates de los rigores del clima o al maltrato de las personas o la policía.

Aunque no es el tema central de este ensayo, el trabajo de campo muestra que es necesaria la negociación entre gobiernos municipales, estatales y federales con los grupos de comerciantes ambulantes, es inevitable mientras se mantengan los niveles de desempleo en México, independientemente del bajo nivel de acceso a bienes de consumo en sectores medios y bajos, que funcionan a manera de demanda cautiva de cualquier opción que reduzca su gasto, sea esta tachada como una actividad de piratería o cualquier otro adjetivo descalificador.

Las condiciones de fragilidad de esas construcciones temporales, el conjunto de puestos que constituyen el mercado o los promontorios de objetos desechados, los bricolajes generados aquí y allá por los indigentes, no descartan la vivencia de esos espacios como ambientes *totales* de trabajo y de descanso.

De ser un lugar de tránsito, la calle se convierte en un sitio que rebasa su «vocación» para fungir como escenario de itinerarios y reposos forzosos. Las condiciones de vida de muchos mexicanos los han obligado a enfrentar a las autoridades haciendo de la calle su espacio de trabajo, de venta, mientras que otros más no han tenido más remedio que aceptar las calles y sus «refugios» como su casa.

Es necesario acceder a estrategias de investigación que permitan reconocer la riqueza de códigos no verbales presentes en el modo de organización de un conjunto de objetos desechados y en el ambiente de los mercados ambulantes, en sus estrategias de colocación y asunción psicológica del espacio.

Las posibilidades de repensar críticamente las ciudades parecieran estar sustentadas en una visión académica

desprejuiciada hacia cualquier forma de manifestación cultural, de expresión grupal o masiva. La condena ha evidenciado ser inútil para lograr comprender los fenómenos que requieren ser atendidos, son los científicos sociales, los arquitectos y los urbanistas quienes pueden propiciar, en base a investigaciones profundas, la secuencia de procesos constructivos que están en la base de la vida de los grupos vulnerables.

Está por desarrollarse una historia de los procesos autoconstructivos, donde se incluyan las múltiples formas de presencia de la práctica de la arquitectura efímera en las ciudades y en el campo, abrir un espacio para estas formas constructivas rudimentarias, que acogen a su huésped, que son refugio, lugar de trabajo, de descanso temporal, que finalmente están sustentadas en una misma cultura, que sólo representan caras diferentes de «una misma moneda».

En última instancia, como señala Greimas: «...mediante una reducción del tiempo –no reteniendo sino lo efímero–, mediante una reducción del espacio –no concediéndole importancia sino a sus fragmentos–, nos aproximáramos paso a paso a lo esencial permaneciendo siempre, no obstante, en el orden material. ¿Es que edificar sobre la arena no es acaso cultivar la espera de lo inesperado?» (1990:94).

#### Bibliografía

- Álvarez Acevedo, Carlos (2005) «El Comercio Informal: entre la necesidad del consumidor y las deficiencias estructurales», Centro de Investigación y Análisis Político, CANACO Monterrey. <http://canaco.net/ciap/05-12-03.html>
- Amerlinck, Mari-Jose, Comp. (1995) *Hacia una antropología arquitectónica*, Ed. Universidad de Guadalajara, México.
- Antón GARCÍA-ABRIL (2005) «Arquitectura efímera» <http://www.elcultural.es/HTML/20050210/ARTES/ARTES11335.asp>

- Bachelard, Gastón (1983) *La poética del espacio*. Breviario No. 18 del Fondo de Cultura Económica, México.
- Certeau de, Michel, Girard, Luce y Mayol, Pierre (1999) *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar.*, Ed. Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente., México.
- Cervantes, Jesusa «Una noche con los olvidados. Indigencia en D.F.», periódico La Jornada, 19 de septiembre de 1999.
- Coppola, Paula (1997) *Análisis y diseños de los espacios que habitamos*. Ed. Carbol. México.
- Eco, Umberto (1985) *Obra abierta* Ed. Origen/Planeta. México.
- Fergus, O. (1945) *Historia de la vivienda humana* Ed. Centauro.
- González Ochoa, César (1997) *Apuntes acerca de la representación*. Ed. Instituto de investigaciones Filológicas, UNAM, México.
- \_\_\_\_\_ (2000) «La velocidad como límite» Artículo cedido por el autor antes de su publicación.
- Greimas, Algirdas-Julien, (1990) *De la imperfección*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- Perelló, Antonia María (1987) *Las claves de la arquitectura*. Barcelona.
- Lindón, Alicia (2000) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* Ed. Anthropos. España.
- Martín Juez, Fernando (2002) *Contribuciones para una antropología del diseño* Ed. Gedisa. España.
- Martínez, Martha «Indigentes, 18 millones en el país» <http://www.cimacnoticias.com/noticias/02jul/s02070202.html>
- Mariño, Germán (1994) Revista *Aportes*, número 35. Ed. Dimensión Educativa, Bogotá, Colombia.
- Mendivelso, Nelly «Arquitectura efímera», Unimedios, Número 70, febrero 6 de 2005.
- Moles, Abraham (1975) *Teoría de los objetos*. Gustavo Gili, Barcelona, España.

- Ruiz Moreno, Luisa. El espacio y los lugares. Documento preparado para su publicación y brindado directamente por la autora.
- Fontanille Jackes «El retorno al punto de vista». En Morphe, revista del crea de Ciencias del Lenguaje de la Universidad Autónoma de Puebla. Número 9- 10, julio 93- junio 94.